HACE 60 AÑOS

Gerardo JAQUETI SANTOS
Coronel médico de la Armada (RR)

ON fuerte viento de levante, amaneció el 25 de marzo de 1954 en La Carraca. El *Lepanto* estaba atracado en el muelle de la Bazán, apagado y con los condensadores desmontados. Como jefe de Sanidad de la III Flotilla a bordo, di la novedad de la enfermería al capitán de fragata Martel, y pasé al *Churruca,* atracado en el mismo muelle y con averías eléctricas. De nuevo, transmití la novedad de la enfermería al capitán de fragata Díaz Cuñado y le pedí autorización para usar un bote e ir al *Alcalá Galiano* y al *Císcar*, abarloados y fondeados en «Los Bombos», permiso que obtuve.

El *Císcar* estaba rellenando fuel. Pasé por las enfermerías de ambos buques, y en la toldilla del *Císcar* estaban juntos los dos comandantes: capita-

nes de fragata Fernández Cantalejo y Vázquez Reyes, a quienes di las novedades de las enfermerías. Me presenté al jefe de órdenes de la III Flotilla, capitán de corbeta Ordóñez, para irme al Hospital de San Carlos, quien me ordenó: «Médico, quédate a bordo, vamos a salir en auxilio del *Guadalete*».

Cerca del mediodía el *Císcar* salía de la bahía de Cádiz con un viento muy duro de levante y la mar arbolada por la amura de babor. A la altura de Barbate la mar era montañosa y el viento había aumentado. En la estación radio del buque, donde me encontraba con el teniente de Intendencia Julio Fontán, la estabilidad era precaria y con dificultad nos manteníamos aún sentados. Las arfadas eran bruscas y cortas y sobre ellas el *Císcar* parecía dormirse. A la altura de Trafalgar las olas saltaban hasta la concha del segundo cañón de proa.

El *Císcar* había estado hundido en El Musel de Gijón desde septiembre de 1937 hasta 1939 con la proa destrozada por una bomba de aviación. A mediados de los cuarenta fue reparado en Ferrol con planchas de más peso y peor calidad que las originales, en tanto las cajas de cadenas estaban desigualmente cementadas y habían quedado muy reducidas.

Llegamos ya de noche a la zona del naufragio, y el comandante, capitán de fragata Vázquez, ordenó navegar en círculos. Cuando el destructor se atravesaba a la mar, los bandazos eran muy violentos, tanto que en uno de ellos salí disparado de la litera hasta la Cámara de Oficiales, donde me encontré con el capitán de corbeta Ordóñez, a quien le había sucedido lo mismo. Nos quedamos sentados en la cámara mientras los mamparos vibraban cuando las hélices giraban fuera del agua.

Al amanecer el levante calmó, la mar era gruesa y alrededor del *Císcar* flotaban restos del *Guadalete*, maderas, una balsa, un bote volcado y un cadá-

Destructor *Císcar*.

Dragaminas *Guadalete* (DM-5).

ver. Se arrió la ballenera y se recogió el cadáver. Unos minutos después desde la cubierta del buque fue recogido otro y algunas horas después la ballenera recogió otros tres cuerpos más. Uno de los cadáveres, de un hombre grueso de unos cincuenta años y sin chaleco salvavidas, vestido con camisa blanca y jersey azul, llevaba un reloj de pulsera de oro parado a la una y cinco. Los otros cuatro cadáveres eran de varones de entre veinte y treinta años, tres con chalecos salvavidas y todos con marineras de dril gris, sin pantalones y descalzos. Sus cuerpos fueron depositados en la chaza de popa, cubiertos con la bandera nacional, donde se montó una guardia de dos marineros. A las 18:00, el *Císcar* se dirigió a Algeciras, donde atracó a las 19:00 horas del 26 de marzo. En el muelle esperaban muchas personas, algunas de ellas familiares de los miembros de la dotación del *Guadalete*.

Los cadáveres fueron enviados al depósito municipal de Algeciras, acompañados cada uno de una bolsa con los objetos personales: medallas, cadenas, relojes. El cuerpo del varón de cincuenta años era el del brigada radio, quien se había mantenido en su puesto hasta que fue obligado por el comandante del *Guadalete*, teniente de navío González de Aldama, a abandonar el buque en una de las balsas, la cual desgraciadamente volcó. Al atracar en Algeciras, el *Císcar* tenía el mástil del torrotito retorcido y varios candeleros de ambas bandas partidos, muestras del estado de la mar reinante en la zona del naufragio.

A mediodía del día 27 llegó el almirante Salvador Moreno, acompañado de su ayudante, el teniente de navío Rivera. Reunidos en la cámara con el comandante, capitán de fragata Vázquez Reyes, capitán de corbeta Ordóñez y

los oficiales —tenientes de navío Euclides Franco Teijo, Emilio Jaúdenes Álvarez, Fausto Escrigas Estrada; alféreces de navío Joaquín Bordonado, Cuervas Mons; teniente de Intendencia Jesús Fontán, y este teniente médico— nos dio las gracias. Estaban también presentes los oficiales del *Guadalete*: teniente de navío González de Aldama y los alféreces de navío Alfonso Moreno y Pedro Miranda. Los tres habían salido del puente, buceando por la única porta que estaba abierta y ya sumergida. Miranda, buen nadador, tiró de Moreno y este del comandante, aunque antes tuvieron la serenidad de recoger las claves y el cuaderno de bitácora. Como faltaron chalecos salvavidas, habían cedido los suyos y eso les permitió el buceo.

La mar en el momento del naufragio estaba a 12º centígrados; un mercante italiano acudió y largó escalas, cabos y gazas consiguiendo rescatar con vida a 53 hombres, de los cuales tres fallecieron a bordo. De una dotación de 90, murieron 34.

A las 06:30 del día 28, el *Císcar* salió de Algeciras, y atracó en La Carraca a las 12:30 horas del mismo día. A bordo iban 49 supervivientes, quienes en dos «guaguas» fueron trasladados al Hospital de San Carlos, donde di la novedad de su ingreso.

La inmersión en agua a 12º produce el enfriamiento del medio interno a 22º en 20 minutos. Con esa temperatura el miocardio fibrila, produciéndose la parada cardíaca en minutos. Cuando un nadador ha estado en posición horizontal, incluso con las piernas paradas, y pasa a posición vertical se produce disminución del retorno de la sangre al corazón, que es incapaz de irrigar el cerebro, produciéndose hipoxia e incluso anoxia cerebral. El Almirantazgo inglés en la Segunda Guerra Mundial dio normas para que a los náufragos se les izara en reteles con aros metálicos de dos metros de diámetro para mantenerlos en posición horizontal.

Siendo almirante de Personal Adolfo Baturone, por iniciativa del entonces capitán de fragata Antonio González-Aller, se creó en 1963 el Centro de Instrucción de Educación Física (CIEF) donde, entre otras actividades deportivas, oficiales, suboficiales y cabos primeros, con colaboración de las Federaciones Nacionales de Natación y Salvamento y Socorrismo, se preparaban y obtenían el título de monitores de estas especialidades. A los conocimientos que exigían las federaciones citadas, la Armada agregó Supervivencia en la Mar y Primeros Auxilios.